Rigoberta Menchú, 10 años de compromiso con la paz

Raquel Martín Sánchez

♦♦♦

Las palabras de mi madre decían que una evolución, un cambio, sin la participación de las mujeres no sería un cambio y no habría victoria.
Rigoberta Menchú

No creo que haya mayor respeto que llorar por alguien que no se ha conocido.
José Saramago,
Todos los nombres

Rigoberta Menchú tiene uno de esos rostros de edad indefinida. De repente, cuando en la visita a un espacio lúdico se divierte con algún juego o cuando come con fruición, su cara redonda de piel tersa es capaz de reflejar la viveza de una juventud que, en realidad, dejó atrás hace ya varios años. Un minuto después, por el contrario, su ceño se frunce entristecido al recordar la larga noche guatemalteca y deja traslucir los cuarenta y tres que recoge su partida de nacimiento. Supongo que un cuerpo que ha vivido experiencias tan variadas como el de la Premio Nobel de la Paz de 1992 es capaz de contener todos los estados de ánimo y todas las edades posibles. O tal vez se deba a que, después de estar privada de tantas cosas en su niñez y juventud, cualquier menudencia le sorprende, recuperando así la inocencia propia de la niñez. Como comentaba en una declaración periodística su hermana menor Anita: "Si le regalan una camisa le parece sensacional, se maravilla ante todo lo que uno le dé, se maravilla ante el agua que corre por las calles, ante la técnica de hoy en día. Es su capacidad de maravillarse con todo lo que existe en el mundo y su deseo de aprovechar lo que nunca tuvo, de poder vivir lo que nunca pudo, lo que nunca le dejaron vivir".

Esa variedad de experiencias sólo la reflejan parcialmente los múltiples adjetivos que se le han aplicado en los últimos años a Rigoberta: indígena, mujer, campesina, cristiana, víctima de la represión y de la guerra, revolucionaria, refugiada, premio Nobel de la Paz, hija, hermana, compañera esposa, madre, etcétera, que ni mucho menos son suficientes para completar el retrato de una de las más complejas y, por eso mismo, fascinantes —y en algunos momentos, también controvertidas— personalidades del panorama internacional actual.

La vida de Rigoberta Menchú Tum, nacida en 1959 en la pequeña aldea de Chimel, perteneciente a San Miguel de Uspantán, en el departamento de El Quiché guatemalteco, "es la vida de todo un pueblo, pero es también la historia de la colonización todavía vigente con sus secuelas de violencia y opresión", como afirma la antropóloga franco-venezolana Elisabeth Burgos, compiladora del li-

bro "Mi nombre es Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia",[1] publicado en 1985. Hija de Vicente Menchú y de Juana Tum, personas muy respetadas en su comunidad, desde niña laboró, en condiciones muy adversas, como campesina y también como trabajadora doméstica en la capital de Guatemala, concienciándose pronto de las situaciones de injusticia y discriminación que vivían los pueblos indígenas. Así, desde joven participó en actividades políticas y populares, ingresando en 1979 en el Comité de Unidad Campesina (CUC). En la guerra civil que vivió el país centroamericano durante más de tres décadas, Rigoberta Menchú fue testiga directa de la política de "tierra arrasada" del ejército, que masacró a comunidades enteras, y vio morir salvajemente a sus padres y hermanos.



Sin embargo, no sólo de explotación está construida la existencia de esta indígena maya, sino, y quizá es lo más importante, de resistencia ante el intento de borrar física y simbólicamente, aunque fuera a sangre y fuego, una cultura milenaria con su rico bagaje de costumbres y tradiciones. Por su dedicación desde adolescente, casi desde niña, a la lucha pacífica en favor del respeto a los derechos humanos más básicos de miles de indígenas guatemaltecos —a pesar de lo difícil que es no recurrir a la violencia cuando ves a tu familia, a tu comunidad, morir salvajemente— se le concedió en 1992 el Premio Nobel de la Paz, convirtiéndola en la primera mujer indígena en recibir tal reconocimiento. Más de una década después, Rigoberta Menchú continúa transitando la misma senda con la publicación de su último libro, *Hacia una cultura de paz* [Lumen, 2002], que a finales de octubre del pasado año presentó en la ciudad de Colima, visita que aprovechó también para impartir, en el marco del Día Internacional de las Mujeres Rurales, la conferencia "El papel de la mujer rural en la construcción de una cultura de paz".

La importancia de impulsar una interculturalidad que inserte lo local en un mundo cada vez más globalizado fue uno de los temas principales abordado por la autora de *Rigoberta: la nieta de los mayas* (1998) en los eventos anteriores, organizados por el Instituto Colimense de las Mujeres y la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado: "Yo insisto siempre en la interculturalidad porque si fuéramos sólo una raza, Dios mío, estaríamos atentando contra la diversidad natural del planeta. Los científicos recientemente han dicho que muy pocos elementos genéticos nos diferencian a todos los seres humanos del planeta; entonces es en vano que estemos pensando que ésta es mi raza, que ésta es la raza del otro, sino que más bien mi cultura es un conjunto de valores, por lo que debemos respetar los valores del otro y los nuestros deben ser respetados en una relación intercultural", comenta.

Un punto de vista que se convierte en el eje conductor de su última publicación, una obra de apenas cincuenta páginas, hermosamente ilustrada, que recopila un conjunto de planteamientos que la autora ha hecho reiteradas veces a lo largo de la última década y que parte de un concepto de la cultura maya, la palabra "utzil", que significa el bien en todos los órdenes y dimensiones de la existencia. "Este libro representa una visión de paz en un momento en que todo el mundo se prepara para la guerra, para renovar las armas, para aumentar los presupuestos militares, para buscar enemigos, visibles e invisibles, y aunque parezca ser un libro que va contracorriente, una utopía, yo creo que sí es posible lograr un mundo pacífico basado en el respeto mutuo, en el diálogo, en el reconocimiento de la diversidad, que en el fondo es lo que se practica a diario en un mercado, en una esquina de un pueblo, en un barrio, aunque muchas veces esto no trascienda a nivel mundial", asegura Rigoberta.

En la práctica, las palabras de esta doctora *honoris causa* por más de veinte universidades de Europa, América Latina y Asia, se traducen en uno de sus proyectos más ambiciosos, que contribuirá sin duda a acentuar el proceso de visibilización de los pueblos indígenas y de recuperación de sus costumbres y tradiciones: la creación de la Universidad Maya, que debería ponerse en marcha en el 2004. "La Universidad Maya no es sólo una ilusión sino que en Guatemala, por ejemplo, hemos hecho educación maya en los últimos 15 años. La iglesia católica también ha dedicado bastante a este tipo de educación en los últimos treinta años y al hacer un resumen de todos los avances vemos que es el momento de crear esta Universidad, que debe ser una institución que dé posibilidad a una vocación científica maya desde una óptica intercultural porque la visión monocultural disecó a los mayas y la visión maya no debe disecar a ninguna cultura", explica Rigoberta Menchú, añadiendo que este centro académico no tendría unos límites territoriales específicos, pues la cultura maya se extiende por varios países como Guatemala, Belice, todo el sureste mexicano y parte de Honduras.



Toma de conciencia como mujer

Escindida muchas veces entre el apego a la tradición —ya que, según Rigoberta Menchú sostiene en su libro testimonial, hay secretos que su pueblo nunca debe dar a conocer a los *ladinos*, a los mestizos, pues en ello va implícita la conservación de su propia cultura— y las transformaciones necesarias en momentos de crisis profunda como los vividos en los años setenta y ochenta por las comunidades indígenas guatemaltecas, Rigoberta Menchú ha tomado caminos —sobre todo el del exilio— que seguramente hubiera preferido nunca tener que andar. Ella ha roto esquemas, ha escogido una forma de vida que sus ancestros es difícil que hubieran imaginado para los suyos, pero que las condiciones de injusticia y discriminación obligaron a plantearse para sobrevivir.

Como mujer, la toma de conciencia de Rigoberta Menchú ha sido paralela a su lucha como indígena, pero al mismo tiempo da a ésta un nuevo giro. "Me he encontrado con compañeros revolucionarios —afirmaba Rigoberta a principios de los ochenta— y con compañeros que tienen muchas ideas para hacer la revolución, pero que les cuesta un poco aceptar la participación de la mujer, tanto en cosas superficiales como en cosas profundas".[2]

Además, continuaba, "hay muchas mujeres que se encargan de la problemática de otros, pero sin embargo la propia la dejan de lado".[3]

Así pues, para la Premio Nobel de la Paz no puede haber revolución sin participación femenina y esta posición es lo que la convierte en un icono para muchas mujeres.

Rigoberta Menchú ha escapado de un destino que parecía ineludible, previamente marcado por el peso de la historia, mostrándonos que, aún sin un bagaje teórico o intelectual previo —debido a las difícil situación de su infancia, ella nunca pudo asistir a la escuela regular—, las mujeres, y las mujeres indígenas en concreto, pueden llegar a asumir plenamente, a través de la toma de conciencia, las inequidades de género que padecen en su vida cotidiana —y que, en este caso se cruzan además con las variables étnicas y de clase social— y a definir de una manera esclarecedora el sistema patriarcal en el cual se desarrolla su actividad diaria.

Todo ello, por otra parte, atravesado por el conocimiento de que, para superar este estado de cosas, el trabajo mano a mano con los hombres es, más que nunca, necesario.

A través del ejemplo de su madre, con la que Rigoberta Menchú da continuidad a la genealogía femenina, nos muestra cómo, desde el "partir de sí", desde la propia experiencia, se pueden construir modelos de relación: "Y había una cosa que decía mi mamá con respecto al machismo —comenta en *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*—. Hay que tener en cuenta que mi madre no sabía leer ni escribir ni tampoco sabía de teorías. Lo que decía ella es que ni el hombre ni la mujer es culpable del machismo, sino que el machismo es parte de toda la sociedad".[4] Finalmente, Rigoberta no se olvida de reconocer la deuda para con su progenitora: "A pesar de que mi madre fue la maestra de mucha gente, yo no aprendí de ella tanto como debí aprender".[5]

Mientras espera el momento de poder volver con garantías a Guatemala (actualmente vive exiliada en la Ciudad de México), donde seis años después de haberse firmado los acuerdos de paz que pusieron fin a más de tres décadas de sangrienta guerra civil, la militarización, la violencia cotidiana y la inseguridad continúan al orden del día,[6] Rigoberta Menchú sigue convencida de que "lo que no debemos hacer es perder la confianza en la humanidad, ya que ésta será siempre una esperanza", y de que, a pesar de las adversidades, los sueños pueden cumplirse, como muy bien reflejan las últimas palabras de *Hacia una cultura de paz*:

> *El tesoro más grande que tengo en la vida es la capacidad de soñar. En los momentos más difíciles, en las situaciones más duras y complejas, he sido capaz de soñar con un futuro más hermoso.*
>
> *Quiero caminar sobre la tierra y quiero gozar sobre ella en los pocos años que me quedan para vivir en pro de una causa grande. Creo que hay que sembrar nuevas utopías y reafirmar otras, para alcanzar la aspiración de justicia y de dignidad humana que reclaman los pueblos.*
>
> *Mis pueblos mayas me enseñaron que los sueños nacen con nosotros, pero todo sueño necesita ser cultivado y cosechado. Yo sólo dejo que mis sueños caminen por el tiempo, para que la humanidad los cultive a su favor.*[7]

Notas

[1] Burgos, Elisabeth, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*. México: Siglo veintiuno editores, 1985. p. 7.

[2] Burgos, Elisabeth, *Op. cit.*, p. 246.

[3] *Ídem.*, p. 246.

[4] *Ídem.*, p. 243.

[5] *Ídem.*, p. 244.

[6] Un reciente informe de las Naciones Unidas (ONU) corroboró el incremento en Guatemala de las violaciones a las garantías individuales: de unas 300 denuncias recibidas durante el 2001, se pasó a 600 en lo que va de 2002, en: "Menchú renueva su compromiso con la paz a diez años de haber sido galardonada con el Nobel". Europa Press, 16 de octubre del 2002.

[7] Menchú, Rigoberta, *Hacia una cultura de paz*. México: Lumen, 2002, p. 46.



